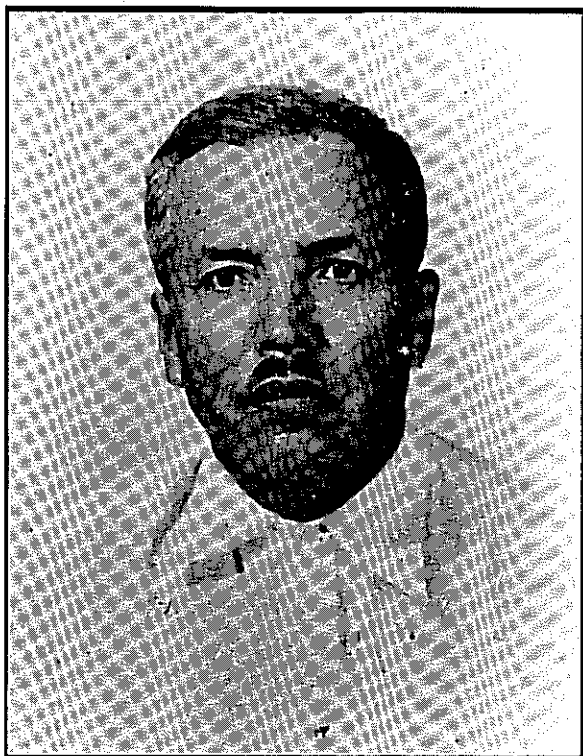


Testimonio ZAPOPANO

Vicente Romo Barajas

Platica con...

Ana María de la O Castellanos



Testimonio zapopano

Testimonio zapopano

VICENTE ROMO BARAJAS

platica con
Ana María de la O Castellanos



H. Ayuntamiento de Zapopan

Asociados numerarios de El Colegio de Jalisco

Gobierno del Estado de Jalisco
Universidad de Guadalajara
Instituto Nacional de Antropología e Historia
El Colegio de México, A.C.
Concejo Municipal de Guadalajara
Ayuntamiento de Zapopan
El Colegio de Michoacán, A.C.

© D.R. El Colegio de Jalisco
5 de Mayo 321
45100 Zapopan, Jalisco

H. Ayuntamiento de Zapopan
Hidalgo 125
45100 Zapopan, Jalisco

Primera edición, 1995
Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico
ISBN 968-6142- 53-3

Cuidado de la edición:
Ma. Amparo Ramírez

Índice

Presentación	9
I. Según yo, nací en el año de 1892	11
II. Llegué aquí a Zapopan como de unos treinta años	15
III. En aquellos tiempos Zapopan casi se quedaba solo	21
IV. Cuando abrí mi tienda	29
V. Los que participan en la política	41
Epílogo	51
Índice onomástico-geográfico	55



Presentación

Aquellos que han llegado a Zapopan en busca de nuevos horizontes, también tienen una historia que contar. Y así, en nuestra preocupación por conocer el pasado de esta Villa llegamos hasta don Vicente Romo Barajas, originario de San Isidro Mazatepec, municipio de Tala, pero quien tiene más de setenta años de vivir y convivir entre los zapopanos.

Al indagar sobre cuales fueron las actividades que daban vida a la gente de Zapopan durante buena parte de este siglo XX, ellos mismos apuntaron como una de las mejores fuentes a don Vicente. Nuestras entrevistas se realizaron a la hora que él tomaba el sol, en distintos espacios de su casa: en el comedor, en la cocina, en el corredor. A su edad aún mantiene una memoria prodigiosa, gracias a la cual narró su vida, desde sus inicios como arriero hasta llegar a convertirse en uno de los principales comerciantes de Zapopan; nos permitió conocer todos los incidentes y circunstancias que enfrentó en esta larga carrera. A través de su narración, nos adentró en la historia de Zapopan articulada con la de otros pueblos de la región, como Tala, Tlajomulco, Tequila, lo mismo que las relaciones comerciales con la ciudad de Guadalajara. Su rica experiencia como agricultor y comerciante le permitieron participar en las intrincadas redes del comercio regional.

Al tiempo que rememoraba, en las palabras y gestos de don Vicente era posible ir descubriendo su pasión por el comercio y la política. El primero se volvió eje en la vida de don Vicente Romo, y desde ahí también su interpretación del mundo: "el comercio es la vida de cualquier pueblo". Desde esta visión su relato, además de encontrarse lleno de sobresaltos y nostalgias, nos permite adentrarnos en las redes comerciales y comportamientos de los grupos políticos locales. A través de nuestras charlas* se reforzaba la imagen de un hombre para el cual el trabajo y la confianza resumen toda una concepción por la vida. Los "tratos" entre los zapopanos se manejaban sobre la base de estas dos premisas. Además se evidenciaba una valorización hacia la palabra dada y al trabajo de la mujer, representada en este caso, en la persona de su esposa.

Recuerda esos tiempos de grandes cosechas y ventas de maíz que pusieron a Zapopan en primer plano a nivel nacional. La fama de "villa maicera" ha quedado atrás, para ser contada por los viejos, quienes les tocó comerciar todo lo que se producía en el valle de Tesistán. El crecimiento urbano arrolló aquellos campos que ahora han quedado bajo construcciones y asfalto.

Este Testimonio nos remite a una explicación del porqué una gran mayoría de migrantes que llegaron a Zapopan lo hicieron para quedarse, integrándose de alguna manera a la vida pueblerina que tenían sus habitantes.

*Ana María de la O Castellanos
Zapopan, Jalisco, enero de 1995*

* En El Colegio de Jalisco quedan a resguardo las cintas magnetofónicas, así como la transcripción de lo contenido en las mismas. Las entrevistas se realizaron el 22 y 26 de enero, 1o. y 3 de febrero de 1993.



I

SEGÚN YO, NACÍ EN EL AÑO DE 1892 en San Isidro Mazatepec, pero me crié en la hacienda de las Navajas, municipio de Tala. Mi padre, era de San Isidro Mazatepec, mi mamá de Jocotitlán, que está ahí para el lado de Jocotepec.

Según sé, mi padre me platicaba, se fue a la hacienda de San Marcos, ahí cerquita de Colima, una hacienda de cañaverales, pero entonces mi abuelo, que se llamaba Manuel Romo, mató a un señor en jugarrera con una escopeta. Luego ya mi abuelito se vino a esconder a El Platanar, y cuando mi padre fue a llevarle tortillas, su madre me contaba, que le decían a él que no se arrimara a la casa porque los soldados estaban apostados, esperando para aprehenderlo. Después él ya no fue para allá, de ahí mi padre se fue a Jocotitlán, de Jocotitlán luego vivió en Santa Ana Acatlán, de Santa Ana Acatlán se vino a las Navajas, y fue ahí donde mi padre se hizo muy buen agricultor; pero cayó pobre a la hacienda de las Navajas. Después, con el tiempo ya fue dueño de dos carretas con cuatro yuntas de bueyes cada una, tenía mucho ganadito.

Mi padre quiso comprar tierra en Ahuisculco, pero no se la vendieron porque el dueño del terreno decía que por ese año no se la daba. Ya mi padre no compró el terreno. Así se estuvo, pero

ganado sí tuvo, y ahí se fue, ahí se fue, él, junto con un hijo de él, que se llamaba Antonio Romo, éramos nada más dos hermanos. De ahí se vino la Revolución, así, por puños llegó gente de Madero a la hacienda de las Navajas, ¡uh! un gentillal, que luego los mandaro. . . llamar aquí a El Refugio, por Tala. Le estaba dando muy duro el gobierno ¡muy duro que se peleó ahí en las Navajas! A miles de gentes las desgranaron, entre Arenal y La Venta, ahí los acabaron.

Mi esposa, Librada Camacho, Dios la tenga en el cielo, era de La Venta del Astillero. Y de ahí se fue a las Navajas a vivir. Poco duramos de novios, porque un tío de ella me dijo: —Oye Vicente, si de verdad tienes ganas de casarte, hazlo pronto, porque se la van a llevar. Entonces se la iban a llevar de regreso a La Venta y pues eso se ponía difícil, y a mí no me parecía. Ya le hablé a mi padre, y le habló al cura, éste llegó y le cobraba setenta y cinco centavos por ir a pedir a la muchacha. Le dijo a mi padre: —¿En dónde vive la muchacha? —Ahí mire, ahí. —Pero si tú me vas a acompañar a pedirla. —Pero yo le voy a pagar porque usted la vaya a pedir. —No, toma tus centavos. Ya se los devolvió, y entonces mi padre me dijo: —Pues seguro no voy a pedir a la muchacha. —Está bien, le respondí. Pero ya luego se fue a quejar con el administrador de la hacienda, y él le dijo: —Nosotros vamos a pedírsela. Ese ya no me cobró.

La fiesta de mi boda estuvo muy bonita; todavía me acuerdo que mi santa madre arregló enfrente de la casa, como en la hacienda eran corrales y corrales circulados de madera, ahí hicieron una ramada, luego llegaron los de Ahuiculco, y ¡ah un mariachazo! ¡huy!, icállese la boca! mi boda estuvo muy bien. Muy bonitos que fueron mis principios, ahí los dos fuimos trabajando.

La edad en que empecé a trabajar, ha de haber sido a los diez años. A esa edad les llevaba el bastimento a los trabajadores del campo. Porque mi padre, Dios lo haya perdonado, se entendía con los trabajadores del campo, con los que reforzaban los bordos de las presas para tomar agua. Fue la forma en que yo llegué a trabajar, llevándoles tortillas a los trabajadores. Ahí me fui forman-

do, muy chico me quedé solo, y a la edad de diecinueve años me salí de la hacienda.

En la hacienda de las Navajas trabajaba en el barbecho todo el día; entonces rodábamos la guayaba para agarrar nuestro buey por número. Si a usted le tocaba un uno, le tocaba un buey, si a alguien le tocaba un dos sacaba su yunta, así recogíamos también el barbecho del trigo. Un día estaba un buey bien criado, y por ansia de lazarlo me quedé con lo que Dios me dio, encuerado. Luego me vine agachado, haciéndole nudo a los calzones, nudito, nudito, ya llegué a la casa, y le dije a mi esposa: —¡Mira nomás como vengo, vieja! Ya me dio trapos y me cambié. Ahí seguimos, ahí seguimos... enseguida compré burros.

Luego me fue gustando el comercio, me fue gustando. Porque mire, en la hacienda de Bellavista y en la de las Navajas a usted le pagaban uno cincuenta a la semana. Y yo le dije a mi padre: —Pues no, yo con eso no me sostengo. Entonces me puse a vender unos chiles y tomates ahí en la placita y me gané setenta y cinco centavos y dije: ¡Uh!, yo mejor me dedico al comercio. Así me fui entrando en el comercio; ya después vendía cañas criollas, luego jícamas. Luego ahí me fui, me fui y mire en lo que vine a parar, no me lo va usted a creer pero, pregúntelo aquí a todo Zapopan, fuimos de los primeros comerciantes aquí en Zapopan. Es la verdad.

Cuando empecé a comerciar yo traía dos burros; compraba la panocha en Tala, y de Tala me iba a Tlajomulco a venderla, me fue muy bien en Tlajomulco, porque me trataban muy bien todos los comerciantes. Una vez me dijo uno: ¿Nos puede usted fiar azúcar? —Sí, cómo no. Entonces me vine, y como conocía al encargado de la hacienda de Bellavista, ahí fui y compré cuatro bultos de azúcar. Me vine y se los repartí a los comerciantes en Tlajomulco. Luego ya me dijeron: —Oiga don Vicente, ¿podría usted traernos frijol de ese rayado? de ese que se sembraba adelante de Jocotepec.

Después ya me dijeron: —Oiga, ¿nos podría traer manteca? Sí, cómo no, yo les traigo la manteca. Me vine a las Navajas, el encargado de la tienda se llamaba Pancho, me fió la manteca,

sopesada, ni modo que cerrada, entonces le dije a mi vieja: —Pues ahora no voy a dormir adentro, vamos a dormir aquí afuera para irme tempranito, porque si me voy tarde se me derriete la manteca. Pues me levanté tempranito, por ahí como a la una de la mañana, para prepararme, y ahí voy. No se me alcanzó a derretir nada la manteca. Ya de ahí me vine otra vez a las Navajas, y a otro día me fui a Tala a comprar panocha para llevarla, porque en Tlajomulco se usaba mucho el pan grande, y más el día de la Purísima que era la fiesta ahí en Tlajomulco.

Luego me pasó una cosa que no sé cómo expresarla, me dijeron que si les podía llevar alcohol. —Sí, sí les traigo. Alcancé a despacharles el alcohol, cuando ya estaban los inspectores ahí al pie del mesón, por cuestión del alcohol, ya me estaban esperando para agarrarme. Pero luego me dijo un señor: —Ahorita es cuando, ipélese! Ya me pelé para pasar por otro lado, por el de la estación, agarré por entre la milpa y me vine. Agarré por Santa Cruz de las Flores, y de ahí ya para las Navajas. No me agarraron.

II

LLEGUÉ AQUÍ A ZAPOPAN COMO DE UNOS TREINTA AÑOS. Un día vine aquí a ver a una hija que se llama Guadalupe Romo, y ya de por sí me gustaba Zapopan, porque no era rancho. Fue cuando mi comadre Juanita García muy buena gente me enroló y prometió ayudarme; me dijo que si me venía para acá, me pasaba el negocio de la pastura y del vino, luego luego me lo pasó, su marido se llamaba Jesús del Río, Dios los tenga en el cielo.

Y así me vine, le dije a mi comadre: —Mire, mañana me voy a las Navajas, si pasado mañana no manda por mí, ya no mande, no me vengo. Ese primer día llegué y le dije a mi padre mis intenciones, él se apenó mucho. Les dejé la labor a ellos, mi padre sembraba diez yuntas y de esas diez me daba una. Cuando ya le dije que me iba a venir aquí a Zapopan, mi padre se sintió mucho, pero yo me vine de las Navajas. Me vine a vivir a Zapopan a una casa al otro lado de la de mi hija, me cobraban ocho pesos de renta y tenía de todo. Así se dieron las cosas.

Pero yo tuve una contrincante que se llamaba Sabina, y pues no me quería. Entonces hubo una discusión entre los tres, entre mi comadre Juanita, Sabina y yo. Y le dije: —Mire comadre, cuando usted me mandó llamar aquí a Zapopan, me mandó llamar

a trabajar, no a robar, porque mi padre no me enseñó a robar, mi padre me enseñó a trabajar; pero si usted cree que le estoy robando, pues quíteme el crédito; así, como lo oye comadre. Y por la Sabina esa, me lo cortó, pues no me quería. Yo pensando que las cosas ya habían quedado en eso, agarré mis burros, cargué los costales, y le dije a un señor que me diera el pedido de la venta de pastura. Entonces, él me miraba, me miraba... y ya me dijo: —Oiga, yo no puedo darle pastura a usted. ¡Ah! luego me acordé. —Pues, está bien. Pero, mire nomás lo que es la providencia de Dios; me vine por esa calle de 16 de Septiembre, y estaba un señor, Melitón del Campo, con un despachón de pastura, grande el despacho, y me dijo: —Quihubo don Vicente, ¿a dónde va sin carga? Ya le dije el motivo. —¡Ah que don Vicente!, aquí no hay problema, cargue sus burros y lleve la pastura. Cargué la pastura en mis burros, y ya me fui como si nada hubiera pasado. Y ella, Sabina, nomás mirando. Ya empecé a trabajar independientemente de ellas, tanto de Sabina como de mi comadre Juanita, Dios la tenga en el cielo. Hasta después abrí una tienda nueva.

Luego mi comadre se arregló con un viudo que se llamaba Bernardo Orozco, papá de Eliseo Orozco, y con él se casó. Entonces yo ya traía el fajo de dinero para pagar el negocio de la pastura, y un día caminando, que veo que se vende la mitad de lo que luego fue mi casa. Informes en la calle fulana, número tanto. Entonces me regresé gustoso y le dije a mi esposa: —Vieja, ya encontramos casa. Aunque yo buscaba por la calle de Ramón Corona. Ya le dije: —Voy a ver si me la venden. Me fui a la calle esa y traté con una monja. Luego, cuando vine a darle el dinero, no lo quiso, que porque ya la había vendido a un señor que se llamaba Cirilo Gómez. Me la ganó con cien pesos más. Pero luego un hermano de la monja me dijo: —Le vamos a ayudar a usted, porque el tal Cirilo es un viejo tal por cual. Yo les dije: —Pues si me hacen el favor. Entonces ellos me ayudaron. Llegué y le dije: —Traigo el dinero, y si estamos en lo que hemos hablado, adelante. Pero me dijo la monja: —Mire, Cirilo me va a dar cien pesos más. —Yo también se los doy.

Entonces dijo el hermano: —Yo estoy de acuerdo con que se la vendas a este hombre, (ahora a su servidor). Me fui con el licenciado y ya llevaba yo seiscientos. Pero me dijo un compadre mío: —Mire, no vaya a darle el dinero a ella, vea al licenciado y que él reciba el dinero. Pues sí, ya le dijo la monjita al licenciado: —Este es el señor al que le vendimos la casa. Me preguntó que si traía el dinero. —Pues sí, cuénteme ahí. Ya le di el recibo y me dijo: —Mire señor, con este recibo yo respondo, ya no tenga pendiente. Pero era más confiado, la demandaron y tuvo muchos cargos por cuenta de Cirilo. Pero la monja era pariente del hacendado Ángel Orozco, dueño de la hacienda de San Antonio.

Mi familia allá se quedó en las Navajas; mi hermano, que se llamaba Antonio Romo, era comisario, y los cristeros andaban tras los del gobierno. Así que pues no dejaban de perseguir a mi hermano, porque decían que era del gobierno. Entonces él se vino aquí a Zapopan, hasta después fue y vendió su carreta, sus bueyes, vendió todo; y luego cuando ya se vino, trató con don Alfonso Orozco lo del terreno de La Huaracha que era de la Niña Eva. Le costó siete mil pesos.

En época de la Cristiada, yo la pasé aquí, ya no salí, estaba de presidente municipal don Salvador de la Mora. Cuando la revolución cristera, aquí nomás me visitaron dos cristeros; bolsononas de puro parque que traían, se fueron el mismo día en la noche, todavía aquí no estaba bien vigilado. Me dijeron: —Oiga ¿no nos puede hacer favor de abrir la puerta?, ya nos vamos. —Sí, cómo no. Les abrí, se fueron. Uno se llamaba Nazario, total que al llegar allá, les cayeron los federales, allá en el cerro, en el cerro Chino, ahí estaban los cristeros y ahí llegó el gobierno. No, se pelearon, se pelaron, entonces de plano siguieron la bandera los de unos señores que se apellidaban Silva. Y ahí en el cerro Chino, donde estaban, balas y balas, a mi compadre, al que iba con los Silva no lo mataron. Ellos le siguieron hasta que Doroteo los indultó, un millonario de ahí de Santa Ana, hasta ahí llegaba el tren.

Un día fui a las Navajas a llevar a mi hermano, ya fuimos,

y ahí tengo todavía los retratos, estuvimos con Severino, con Doroteo, hombre serio. ¡Ah, pero cómo mataron gente! Mire, lo que le voy a decir, ellos iban bajando por un cerro enfrente de Bellavista... iban cantando esa: "Tropas de María sigan la bandera", y de Santa Ana venía una escolta de 30 soldados. Y al pasar por Bellavista en una puerta, la puerta de los Gallitos, entonces uno de los hijos se levantó y se puso en la puerta, a detenerla, y cuando llegaron los federales con la pretensión de quitar la piedra, luego les va saliendo Silva. "Viva Cristo Rey, hijos de esto..." no dejaron ni uno, a todos los mataron, ya de allí se ajuariaron, nomás sombrero no llevaban, pero sí llevaban unos tres abrigos y con todo lo que pudieron cargar. Y le entraron, le entraron. Dios los cuido, no los mataron a ellos. No faltaba donde consiguieran parque, donde querían lo conseguían.

También iban mujeres ahí con ellos, icómo iban forradas de puras carrilleras!; de puro parque, tapadas por dentro de unos mandiles; ellas les llevaban parque a los Silva, no, si para todo hay gente. Esos Silva eran de las Navajas, del cerro Chino. Y de aquí de Zapopan, pues sí hubo un señor que se llamaba Macario, que ahí por enfrente, a un costado de la parroquia. Pero no, no. Y luego otro que estaba allá que vendía materiales para construcción, cal y cemento. Pero no se enfrentaron bonito como era de ley, pues tenían miedo, tenían miedo.

Ya viviendo mi hermano aquí en Zapopan, le avisamos a mi padre, pero él nos dijo: —Cómprenme una casita para irme, porque yo no quiero vivir de inquilino. Mi hermano se la compró, mi padre se vino y aquí murió, ya anciano, de noventa y cuatro años.

De mis hijos, aquí nació Jesús, otro que se llamaba Manuel, y otro que se llamaba Antonio. Esos dos se me murieron, todos los demás son nacidos aquí en Zapopan nomás yo no. Mi familia es muy amplia, son once, es una de las familias más grandes que hay aquí en Zapopan.

Cuando llegué aquí a Zapopan, el calzón blanco todavía se usaba, mucha gente andaba con el, no se usaba el pantalón. Así

tengo un retrato de mi padre, Dios lo haya perdonado. En Guadalajara no los dejaban andar de calzón, se los llevaban y los multaban. Yo no usaba el pantalón, y eso me costó una llamada ahí en Guadalajara. Yo llevaba el pantaloncito acá cruzado en el cuello, pero ya que iba a llegar me lo ponía. Yo tenía mis burros y llegaba a la pasturería de don Antonio Sáenz, y una vez me encontró un cuico y me dijo: —A la siguiente vez que me lo encuentre con el pantalón en el pescuezo, me lo llevo con todo y burros a la cárcel. Ya hizo que me pusiera pantalón.

En Zapopan no había problema, aquí no; entonces no, usted podía andar con pantalón o sin pantalón, de calzón blanco, como quisiera. Las mujeres andaban bien vestidas pero, luego vino una racha de las modas de a media pierna. Y modas que traían las familias modernas.



III

EN AQUELLOS TIEMPOS ZAPOPAN CASI SE QUEDABA SOLO... estaba muy pequeño y ahora mire nomás, ¡válgame Dios! Le voy a decir, los ricos se iban a los colegios a Guadalajara, había muchas casas solas. Así es que las calles estaban llenas de reguerío, como quien dice, todas las calles arrumbadas. Entonces nos habló un vecino llamado Manuel Camarena, a mí y a un señor que se llamaba José María Peña, para que viéramos lo del empedrado. Y pues empezamos a empedrar las calles.

Cuando llegué a Zapopan, ¡qué empedradas iban a estar las calles!, ¡cállese la boca!, de ahí de la calle Eva Briseño para arriba era un cochinal, era todo eso un zacatal, no había nada, ni cultivo, ni nada. Dueños de ranchos eran don Bernardo Orozco, que tenía su rancho ahí para el rumbo por donde tenía el suyo don Daniel Castillo, quien fue el dueño de La Tuzanía. Éste conmigo fue buen hombre, Dios lo haya perdonado.

Las familias principales que vivían aquí en Zapopan eran de los Orozco. Bernardo Orozco, la niña Eva, unos cuatro o cinco eran los más principales de aquí, un señor que se llamaba Ignacio García, que tenía negocio. Entonces no había fábricas, no había nada. Las familias de Zapopan tenían sus reuniones en la huerta de

los señores o en los jardines que también estaban grandes. Cuando alguien se casaba o hacían sus primeras comuniones, se acostumbraba llevar a su familia bien vestida, presentarse ante el altar y hacer su fiesta en su casa, su comidita, su bebidita. Sí, hacían su fiestecita. Este pueblo era muy familiar, muy familiar, nada más que después se descompuso.

Colaboraba yo con ellos, tanto que una vez, aquí en Zapopan tenía la candidatura para ser la reina una familia de primera clase, que era para las cuestiones de aquí de las fiestas patrias del 16 de septiembre. Entonces también había una señorita candidata que estaba pobre, que pues no le hacían caso los ricos, y como en aquellos tiempos los que tenían el mando eran los ricos.

Y que llegan todos los señorones ahí, los García Cuadra, todos los señores esos. Pero luego me puse de acuerdo con uno que se llamaba Nacho García, dueño de la manzana que estaba enfrente de la casa, por la calle de 16 de Septiembre y con don Primitivo Dávalos, y yo les dije: —Señores, parece que, hay una señorita que puede ser candidata a la fiesta esa, pero como es pobre, pues no hay centavos, no va a ganar; in'hombre señores!, ¿cómo hacemos para que esta señorita figure como reina de las fiestas patrias? Como es una gente pobre, no tiene mayor validez, y ya los ricos creen que nomás ellos pueden, eso, pues no; entonces vamos a apoyar a esa reina y ustedes van a ayudarme a levantarla. Pero entonces dijo don Ignacio: —Le vamos a ayudar a usted con quinientos pesos. Y don Primitivo dijo: —Le voy a ayudar con mil pesos. —Está bien, está bien, si con eso tengo. Ya me fui a la junta, ahí donde estaban las votaciones de las reinas.

Entonces nos pusimos a ir contando los votos. Iban saliendo los votos uno y dos, y también estaba la mujer de Loreto Orozco, y me dijo: —Ahí te los llevas, si los contrarios suben a diez, tú súbele a veinte, llévate los centavos y ahí los vamos dominando. Y de volada, que diez votos, sube diez votos. Que mangana lleva tales votos; sube otros diez, y así le fui siguiendo hasta que se cansaron y ya me llamó un rico: —Oiga Romo, ¿pues qué tienen mucho dine-

ro? —Pues no tendré mucho dinero, pero les voy a pelear hasta donde, le dije, no me ganan. ¡Adió! —No me ganan, van a ver. Yo le iba soltando de a poquito el dinero que me habían encargado don Primitivo y don Ignacio: —Lo que no queremos es burlas de nadie. —No, no van a ser burla de nadie, ésa va a ser la candidata. —¡Ah, está bueno! Y ganó. ¡Ah, qué tiempos!, mucha armonía entre los vecinos de aquí de Zapopan.

Zapateros de aquí de Zapopan era don Gerardo y don Jerónimo.

Tenían sus zapaterías, en la casa, ahí arreglaban los zapatos. Pero también con ellos se mandaban a hacer los zapatos y los huaraches. De los peluqueros, era don Miguel; todavía están ahí los hijos jalando. Ahí en ese lugar, primero estaba el señor, de ahí siguieron los hijos, y ahora están los nietos.

Había dos carbonerías buenas, de uno el dueño se llamaba don Justo no sé que, y el otro no me acuerdo; el carbón lo traían ahí del Cerro Viejo, éste que está enfrente de Tesistán. Del herrero, sí me acuerdo, ¡cómo no!, se llamaba Juan Mariscal. Sí, él era herrero de aquí, lo que usted le llevara, hacía, por ejemplo desde... las herraduras... las llaves, de todo. Todo lo hacía él. Su tallercito ahí lo tenía rumbo El Vigía y por ahí tenía también su casa, y ahí hacía todas las cuestiones de fierro.

Pues aquí de los panaderos el más afamado fue don Luis Mora y don Roberto. Éste que todavía está aquí jalando, no le sé decir cómo se llama, el mero jefe de todos era don Luis Mora. ¡Uh!, era señora panadería. Hacían el pan de muertos y luego la corona de reyes. El birote salado ellos lo hacían, don Claro lo hacía. Pues don Luis hacía poco pan de ése, los meros meros que hacían de ése pan eran los Claros, y todavía lo hacen. Ahora un hijo de él es el que tiene ahí.

A la Niña Eva la conocí en su orfanatorio, ella me curaba. Una vez me puso una inyección que me hizo llorar, seguro no bajó la sustancia, ¡ah! me dolió hasta el tobillo, que empecé a llorar y me dijo: “¿Por qué llora, qué no es hombre?”

Ahí ella tenía su sanatorio, la casa estaba aquí por la calle de 16 de Septiembre. ¡Ah, qué tiempos! Esa casa era del doctor Gabriel Orozco, era de los dos.

El doctor Orozco fue el que nos atendió a mi esposa y a mí, un buen hombre, para mí fue muy aceptable. Y a uno no le falta. Yo fui muy enfermizo de joven, porque me gustaba mucho el vino. Pero la gente también se enfermaba por cuestiones de que no había mayor atención; la Niña Eva era la única que recetaba a los pobres; curaba a las niñas, a los viejos, a todos, fue muy benéfica, entonces estaba de presidente municipal don Salvador de la Mora.

Eva Briseño era una señorita bien, dueña de La Huaracha, yo siempre la conocí sin casar. El segundo de ella era don Alfonso Orozco, le tenía mucha confianza, se la llevaban muy bien, ella se dedicaba a autorizar lo que don Alfonso hacía, todo se hacía con autorización de los dos. Fue con él, donde se facilitaron las cosas para venderle La Huaracha a mi hermano Antonio.

En Zapopan había aguadores, isí, cómo no!, porque estaba muy escasa el agua. Traían el agua en barril. Había agua ahí para el lado de Tesistán, en Los Colomos, pero ahí no les dejaba el gobierno que sacaran nada, esa era para bañarse, todos íbamos, uno iba y se bañaba muy a gusto, ni cobraban. En Los Colomos los baños estaban arriba y la llave del agua para beber estaba abajo.

De Guadalajara venía gente al muy mentado baño de Castañeda. De los visitantes de la temporada, había algunos que venían a habitar, pero como no amistábamos mucho con ellos... yo tuve amistad con uno que otro. Ellos venían nada más de paseo o en tiempo de descanso de los niños, como en los meses de enero ya no había niños de esos, porque todas las criaturas ya estaban en la escuela. A las muchachas de la temporada les gustaba hacer grandes paseos, como le digo ya sea El Vigía, o ya sea aquí El Profundo o al lugar de mi compadre Castañeda, o a Los Belenes. Entonces Los Belenes estaban bonitos, ahí estaba una casa, que todavía está, que era del gobierno.

También se acostumbraban los días de campo, sí, esos no

faltaban. Se acostumbraba ir a un rancho que era de don Margarito Arias, aquí para La Robleda, como quien va para Tesislán. Ahí eran los paseos, pues era lo más destacado. También había paseos a La Castañeda, cuando no, se iban a El Profundo, pero ahí era de otro modo, ahí uno iba a tomar y a ver... Ahí ya era otro campo. Ahí hubo gallos, en donde yo estuve jugando al lado de un hermano del gobernador Jesús González Gallo, él era Pancho Gallo, yo le decía: —¡Cómo te gusta venir a los gallos! Le gustaban mucho los gallos... Sí, venía, y allí donde había modo se ponía.

En la fiesta de Nuestra Señora de Zapopan, ahí en la esquina donde estaba El Profundo, allá eran los gallos, y los toros acá en la orilla, donde era de Chón González era una plaza de toros ya construida de madera, porque plaza, plaza ni la tienen, ni la han tenido.

Los festejos eran de aquí, de los vecinos, los de fuera como los de Guadalajara y los de ahí por todo los alrededores venían sólo a ver.

Aparte de las fiestas de la Virgen, como esas fiestas aquí no había otras. Los días dieciocho de cada mes, ahí a la Virgen le hacían su festival, pero no como la del día 4, que era un fiestón, era una fiestona exageradamente. Había mucha gente, mucho que comer. Ahí enfrente de mi tienda, se puso una mujer a tortiar y daba en aquellos tiempos, a peso las tortillas, ya ahora después la mil pesos! Había mucho de comer para tanta gente, de todo se tenía mucha venta.

De dondequiera me llegaba gente. En la fiesta de octubre pedía yo siete barriles de vino, y cada barril tiene sesenta litros, y de la noche a la mañana lo acababa porque así era el gentillal que venía el día 4 de octubre. ¡Ah! venía muchísima gente. Mi tienda estaba que no cabía la gente allí. Me enfadaba de vender, y cerraba. Pero, me decía mi vieja: —¡Ah! Vicente, mira como estamos de gente. —No le hace, ya me llené. Yo les cerraba y ella les abría. Muy trabajadora. Montones de danzantes, de gente que se venía en el tranvía que llegaba hasta las puertas de la basílica, esperando para

entrar con la Virgen. Ahí se paraba todo el gentillal. Era fiesta la que se hacía, no, ahora ya no.

Don José Castañeda era un viejito que con su maquinita nos daba cine desde su casa. Allá abajo, antes de bajar a Los Colomos, era propiedad de mi compadre don José Castañeda. Ahí él tenía los baños. Le gustaba enseñarles el cine a los muchachos. Pasaba el cinito gratis, no nos cobraba, era buena persona, Dios lo haya perdonado.

Todos los muchachos iban ahí al cine, todos los del pueblo. Se llevaban su sillita, y también estaban las bancas ahí del jardín, donde los que alcanzaban se sentaban y los que no, pues en el suelo. Don José Castañeda pasaba películas de todas, de las mudas, ya había habladas, pero él no tenía más que de las mudas.

A Zapopan algunos circos llegaron a venir a un corralón, que estaba para allá antes de bajar al río, contraesquina de El Profundo, ahí estaba un palo grandote, y ahí se hacía el circo que cuando estaba el alboroto se veía luego, luego. Eso era muy de antes, cuando estaba muerto Zapopan, pero sí vinieron, pues casi, ¿cómo que le diré? desde que me acuerdo y que estaba de gobernador Guadalupe Zuno, y aquí cuando yo llegué a Zapopan, el que estaba de presidente era Salvador de la Mora.

Cuando llegó la radio, a mí me gustaba mucho oír el mariachi y luego agarraba la pistola y la descargaba. Pocos eran los que tenían aparato de radio ya ni me acuerdo. Yo sí tenía. Había una música de orquesta, era del hombre... sabe, ya se me olvido. Era peluquero, y él era el de la musiquita que había aquí en Zapopan. Era una orquestita. Porque música de la banda era de Ocotán. Estuvo ese señor estudiando, queriendo formar una banda aquí en Zapopan, de música de viento, pero no pudo conseguir aparatos para tocar, no le quisieron ayudar.

De canciones ¡ah!, me gustaban muchas. Me gustaba "La Chaparrita", sí, y otra canción que la cantábamos, yo y un amigo que se llamaba Merced Saavedra. Ya la memoria ya no me ayuda, si no, le daba un apuntito de la canción, de esa canción que me gustaba.

Pues ya tratándose de cuestiones de música aquí tenían un grupo. Para ir al teatro tenía que ir a Guadalajara, aquí no había, aquí no había nada, había que ir hasta allá al cine o a algo. Sí, mi esposa y yo íbamos al cine, a ver a "Palillo" y a éste otro, "Cantinflas". Me gustaba ir a verlos. Aquí también, no hubo ni cine ni nada. Aquí en Zapopan, para atender a los visitantes, eso sí, había fonditas. Ahí enfrente de mis tiendas, ahí rodeaban la presidencia, ahí vendían, se arrimaba una mujer que se llamaba Teresa, hacía sus sopitos o enchiladas, lo que usted pidiera, ahí en la esquina.



IV

CUANDO ABRÍ MI TIENDA por la calle de 16 de Septiembre me fue bien, era muy buena casa, me la dieron muy barata, porque nada más me vendieron la mitad. Cuando ya iban a vender la otra mitad de la casa, fui entonces con el dueño y le dije: —Mire, al que se la venda, como yo vendo vino, para que no se den cuenta ahí, voy a tener que levantar una barda muy alta, hasta arriba y le va a quedar muy oscura la finca, y no le serviría absolutamente para nada. Así que lo mejor sería que yo se la comprara toda. Y me dijo: —Pues cómpreme la otra. Muy barata que estaba, compré toda la casa. Y empecé a vender pastura y vino, luego mi señora y yo acordamos revolverle abarroto, pues ya estábamos aquí y era de nosotros. Entonces empezamos a vender abarroto. Y se vendía, después mandé hacer la cortina. Como a los dos meses y medio se abrió la cortina; ¡huy!, mi negocio estaba muy bonito, de todo había. De ahí fui a Tonalá a comprar cántaros, comales, de todo le revolvía. A mi señora le gustaba el comercio, y yo andaba en una carcanita que tenía. Y a empezar a trabajar.

Para transportar mi mercancía ya lo hacía en troca. Me compré una troca porque con la fiebre aftosa se vino una racha brava para los que circulaban con animales por la carretera. Aquí

cerquita, un día me pararon los soldados: "no hay paso, ni de aquí para allá, ni de allá para acá". No me dejaron pasar con mis machos, ni con nada, me regresé con todo. Entonces pensé yo: pues a ver como le hago. Y me fui a la Calzada a buscar una troquita vieja, barata.

Ya después me dijo un señor: —Oiga don Vicente, ya tengo días viendo que anda usted para arriba y para abajo en la Calzada esta, ¿qué es lo que anda buscando? —Pues sí, ando buscando una troquita de esas viejas, de esas usadas, a ver si la consigo barata. —No, usted no es de esos que anda buscando barato, véngase. Me llevó a la agencia, y compramos una troca. La troca me la daban en once mil pesos, marca Dodge. Pero cuando regresé me salieron con que costaba trescientos pesos más: —¡Ah!, dije, no la compro; no señores, ustedes me dijeron que once, y ahora ya me salen con eso, no la compro. De ahí me fui por la misma Calzada a buscar la troca en la agencia de otro señor; ya me vine y empezamos a tratar: —¿Cuánto es lo menos que quiere por esa camioneta? —Pues ya ve en cuanto, en eso que habíamos tratado, en eso se la doy amigo. —Oiga, pero yo no tengo todo el dinero, traigo tanto, si usted me fía lo demás. —¡Cómo no!, si somos amigos. La troca me la dio y se llevó el abono. Y estuve abonando la troca, que me salió muy buena, muy buena. ¡Huy!, ahora ya cambiaron las cosas.

Y cinco años después que pasó la fiebre aftosa pude cambiar mis machos por la troca; porque yo no tenía dinero, ya después cuando el señor me dio crédito, estrenaba coche cada año.

Tenía tres negocios: la tienda de pastura, la de abarrotes y tenía tequila. El encargado de la oficina del timbre era compadre mío y también el presidente municipal era íntimo amigo mío. Después cuando había algunas cosas, yo ya sabía con quien ir. Para estar uno bien con las autoridades en los pueblos, se necesita llevarla bien con todos ellos. Aunque muchos de los trámites había que realizarlos en Guadalajara.

Yo primero empecé a tratar con unos señores españoles la

compra del salvado, luego empecé a comprar pasta de ajonjolí a Emiliano Orozco, y a don José, que tenía las fábricas ahí como quien va a Tequila. Yo comerciaba pastas, ajonjolí, pasta de cacahuete, mascarrote, harinolina, junto con maíz. Todo lo traía de Guadalajara a vender aquí. Por ahí andaba yo buscándole, además, ya con mi troca iba y recorría estos lugares para comprar mercancía, y traerla a Zapopan a mi despacho que lo atendía mi esposa. Ella era muy trabajadora, era la que atendía, yo nomás andaba comprando y arrimando cosas. Dios la tenga en el cielo.

En el tranvía nosotros traíamos la mercancía de Guadalajara, allá la comprábamos. Ellos, los de los despachos, me la arrimaban a la estación, en la parada del tranvía. Ya acá en Zapopan, el tranvía se paraba en la esquina de la tienda. Ahí bajábamos el abarrote, mi azúcar, mi frijol, todo me lo dejaban ahí, lo echaban en la banqueta y ya después lo metía a mi tienda.

Las vías de los tranvías era lo único que estaba. Ahí en frente de mi tienda me descargaban mi carga, se paraba; como yo vendía unos cuernitos de tequila, le daba al maquinista uno para que se detuviera tantito y yo bajara mis cosas: azúcar, frijol, toda la mercancía para mi tienda. ¡Qué tiempos tan bonitos!

Lo que más se vendía en la tienda era arroz, panocha, azúcar, café, queso, todo lo que las tiendas podían vender, era tienda mixta. La tienda yo la abría a veces a las ocho o nueve de la mañana. Pero cuando yo abría mi tienda ya la de don Diego estaba llena, y le decía a mi vieja: —Mira, don Diego Quirarte nos está comiendo el mandado por flojos, mañana nos vamos a levantar temprano. Entonces nos empezamos a levantar temprano para que los clientes se repartieran en las dos tiendas. Ese Diego también fue trabajador.

Después la venta de pastura me la tumbó don Diego. Me tumbó el negocio, porque la mejor clientela era de Tesislán y él era de allá. Luego empezó a competir, al grado de que no contento con que trabajáramos los dos, sino a tumbarme de plano. Yo dije ¿por qué me tumba?, tengo derecho también de trabajar. Entonces por

eso me salí de con don Antonio, porque daba muy caro, le empecé a buscar, y ya don Diego no me hizo nada.

¿Los precios?, en esos tiempos todo era barato, barato; en esos tiempos llegamos a dar el salvado a cinco centavos kilo, dábamos a diez centavos el kilo de garbanzo. No, todo muy barato. Y mire ahora a cómo va! Pero hubo muchos despacheros que empezaron a revolverle al garbanzo, cáscara de tepame, unas vainotas, puro cochineró. A mí no me gustó eso, no, yo no lo hacía. Yo compraba en despachos serios. Si veinte despachos hubiera habido en Guadalajara, en los veinte hubiera andado yo. Donde me gustaba ahí volvía y donde no gustaba ya no regresaba. No me gustaba vender cochinas o aquello que no resultaba bueno; a mí no me gustaba adulterar la mercancía. Cuando estaba de presidente municipal Salvador de la Mora por allá en 1929, entonces yo abrí mi tienda. Yo estaba todavía joven, y a él le gustaba entrarle al vino... y yo le vendía. De todos los vinos vendía yo.

Pues ya trabajando, trabajando, un día me dijo mi esposa: —Vicente no hay vino. Y ahí sí me pudo. Se acabó el vino. Pedí y no hubo, también me cortaron el crédito. Ahí sí me pudo, ahí sí me pudo. Pero me dije: ahí por Arenal, por Tala, por todo eso me conocen, yo creo que sí me dan crédito. En eso venía pensando: voy a ir con el patrón, con el dueño de la fábrica a ver qué. Luego me fui a sentar en el jardín de San Francisco, pensando, pensando, y en eso llega un rico de los de Tala, ya me saludó y me presentó. —¿Qué está haciendo aquí, don Vicente? —Señor, pues vengo a ver si puedo hablar con el dueño de la fábrica, porque es que fíjese que me negaron el crédito. —¿Cómo que le negaron el crédito?— Pues sí, la señora que me fiaba ya no quiso venderme, ya no me vio bien. Entonces me dijo: —No tenga pendiente, espéreme aquí. Como a las dos horas llegó y me dijo: —Véngase, vamos a buscar al patrón. Heliodoro se llamaba el señor, y ya le dijo: —¿No conoces tú a la viuda de Zapopan? —No. —¿Y al compadre de ellos? —Menos. Ya me presentó. —Vicente Romo, su servidor. Y le dijo: —Oye Heliodoro, ¿por qué le negaste a este señor el crédito del vino?, si tú

crees que yo valgo contigo, el señor vale más que yo. Y a las doce de la noche llegó el vino. Todo se arregló. Ya desde ese entonces trabajaba por mi cuenta, y así, ahí me fui, ahí me fui...

Don Chón González compraba el vino en Guadalajara, él no me llegó a comprar, yo vendía poco por barril, lo vendía suelto, como se lo estoy diciendo, yo compraba siete barriles de vino, eran sesenta litros por barril y en tres días lo acababa. ¡Ah!, cómo vendía yo en la fiesta de la Virgen, que entonces venía el día 4 de octubre. Los tranvías venían en bola, llenos de gentillal, como ahorita. ¡Qué tiempos aquellos! Mi casa estaba llena, completa de vino, les vendía puros cuernos y botellas, unos cuernos que se usaban, así me decían: "deme un cuernito y póngale un cuerno a mi compadre", todo eso era en la fiesta, ¡ah qué tiempos! Yo vendía vino, vendía abarrotes, vendía pastura, tenía tres negocios en uno. En un chiquigüite grande juntábamos el dinero, lo llenábamos de pesos, y ya le decía: —Vieja, métete eso. ¡Y así era el gentillal!, cuando nos desocupábamos ya nos íbamos.

También un señor que se llamaba Luis Alvarez me vendió maíz, lo mismo mi compadre Margarito Arias, ¡ah! él me traía dos, tres toneladas de maíz para la fiesta, yo pesaba los gramos y para pagarles le daba puros de a peso, y les decía: —Sí, mire compadre, yo le pago con puros de a peso, nada más que tengamos tiempo. En la tienda, mi vieja y yo apartábamos todos los pesos y todo lo demás. Cuando acababa la fiesta, venía mi compadre y ya agarraba su pañuelo y alzaba su dinero. Entonces se acostumbraba traer en los pañuelos el dinero, sí... Y nada más abrían el pañuelo y sacaban el dinero. Ahora no, ya puros billetes.

Con el tiempo se rumoraba que el gobernador del Estado, Jesús González Gallo, quería hacer un mercado aquí en Zapopan, podía ser en la manzana donde yo vivía, o podía ser en la manzana donde vivía don Diego, no hallaban dónde. Pero vino el tesorero, y me dijo: —Oiga don Vicente le vamos a correr a su competidor de ahí. —¿Cómo? Ya me dijo: —Mire, aquí traigo un cheque de quince mil pesos que le vamos a pagar a él por la casa; este es el

precio que yo le pongo, pero le vamos a tratar, le vamos a decir que aquí le traemos su dinero y le voy a decir que en la noche la quiero desocupada, porque mañana vamos a empezar a tumbar para hacer el mercado.

Y así en la noche andaba cambiándose. Ya cambió el asunto de la competencia. Ya en esa esquina sólo vendía yo. Pero como primeros en el comercio de Zapopan fuimos don Diego Quirarte y yo; cerré mi tienda porque ya no pude seguir, y ya me había cansado.

Pero mire lo que es la providencia de Dios, este pobre viejo que tanto trabajó, luego le llegó la presunción de estrenar coche cada año, yo tenía los últimos modelos. Cada año iba a verlos a la agencia, y les decía: —Si me toman este carro por ese que está ahí, ¿cuánto quieren de ribete? —Pues, denos tanto. —Bueno, pero yo aquí traigo tanto, lo demás ¿me lo fían? —Como usted diga. Y ya me traía mi carro. Cada año estrenaba. Lo que es la presunción.

Yo compraba toda la producción de maíz de Tesistán. A mí no me importaba que usted me vendiera dos o trescientas toneladas; no, se me hacía poca. La casa que me amparaba y que me ayudaba, su dueño se llamaba Enrique Ortiz Parra. Ese me compraba cualquier cantidad que fuera, porque como entonces estaba la demanda del Presidente de la República, estaban mandando maíz por carros de ferrocarril a Monterrey.

De la casa que me lo compraban venían por él. Yo nomás le decía: “en tal parte tengo la compra que hice aquí en Zapopan, por ahí”. Había otro señor que le hacía la competencia, se llamaba Norberto; también fui con ellos y les dije: —Señores tengo ahí una cantidad de maíz, son como setenta toneladas, nomás que el señor me dijo que me esperara para mañana porque lo iba a fainear. Me dijo. —Cómprselo así sin fainear; ya mándelo así como está, pero ya mándelo, como sea. Se venían entonces las trocas.

Mucho, mucho maíz, se sacaban cantidades enormes. Miles de trocadas de los ranchos que rodeaban a Zapopan. Había un señor que se llamaba Manuel Arias, era dueño de uno de los

principales ranchos que están ahí para el lado de Tesistán. El me vendía como trescientas toneladas de maíz. Otro me vendía cien, otro no mucho, pero por ese valle se daba mucho maíz, quién sabe ahora cuánto se dé.

Aparte del maíz en los alrededores, se sembraba trigo, o de ese milo-maíz. El milo lo vendían más bien a Guadalajara, yo no llegué a comprar milo, yo me conformaba con comprar maíz. Aquí en Zapopan, chulada de frijol se daba, yo también compraba frijol, la cantidad que fuera. Todo me lo compraban y así me daba mi utilidad.

Alguna vez de con don Enrique Ortiz Parra me cambié con un señor que se llamaba don José María Ramos. Y pues como luego no lo conocen a uno, digo, su manera de tratar; había un señor aquí que se llamaba Primitivo Dávalos que me vendía como cerca de setenta u ochenta toneladas que tenía en las bodegas. Pero me dijo un día: —Mire don Vicente, yo le vendo a usted ese maíz, pero yo no quiero hacer ningún gasto, ni de llenada, ni de pesada, ni de nada, yo así se lo vendo a usted, usted sabrá lo que hace. Entonces fui a ofrecerlo a ese hombre, José María Ramos, y no me lo creyó. Y me juzgó loco, me miraba de arriba a abajo. Está bueno, pensé. Luego me vine con don Enrique Ortiz Parra, y él me agarró la palabra. Después, afuera ya estaba uno con un coche y me dijo: —Venimos porque dice un señor Ramos que si le vende diez toneladas de maíz. —No le vendo ninguna, dígame a él que no le vendo una, ya no digamos diez toneladas. El maíz ya está vendido. Después me dijeron por ahí: —Oiga don Vicente, ¿quiere usted que le vayamos pesando cada viaje que le traigamos de maíz? Les dije: —No señores, no soy desconocido, usted acarrie el maíz y cuando termine de hacerlo, me trae al señor dueño del maíz. Entonces se me empezó a criticar, que cómo compraba yo tanto maíz. El señor Ortiz Parra me hacía el favor de hacerme formal aquí y allá también.

Tenía crédito, ¡cómo no!, si éste era la base principal. Quiera que no, la vida no es trabajosa, malo cuando uno anda chueco. Un día dijo un señor, que se llamaba don Daniel Rayas:

—Oiga don Vicente, ¿puede usted fiarme cincuenta toneladas de maíz? —Sí, cómo no, ¿ya quiere que le traiga el primer viaje? Bueno, ya le llevé el maíz, in'hombre!, a los cuatro días me lo pagó. Así yo tenía para fiar, tenía yo para vender. No, icállese usted la boca!

Sí, también era un escándalo con el maíz ahí en la banqueta, porque siempre el Presidente me corría de ahí, simpleras ¿no? Tenía razón, porque yo ya no dejaba transitar a la gente por esa banqueta, aunque apenas yo tenía una o cuatro toneladas encostadas y se la llevaban, cuando otra vez ya estaba invadida la banqueta, había mucho maíz, se daba mucho ahí por Ocotán, por todos esos lugares. Mucho maíz, qué tiempos tan bonitos, la verdad. Ahora, mire nomás, estoy sentado aquí, pidiendo a Dios perdón por mis pecados. Porque mire, cuando uno está bien se vuelve uno loco, me gustaba entrarle un poco al vino, nomás que yo no buscaba pleito, no buscaba que me dieran un puñal o un balazo, yo no soy así, me gustaba la amistad, Dios me cuidó, a mí y a mis hijos, porque ninguno ha sufrido desgracia, no, ini lo mande Dios! Todas las autoridades me vieron bien.

Aquí no hubo grandes sequías de maíz. Allá en las Navajas sí hubo mucha sequía, se iba a salvar el maíz, se guardaba, yo no lo hice, un hermano mío sí, iba a traer maíz a la hacienda de El Cabezón. Yo no llegué a ver crisis de maíz, nada, ni de frijol, porque había mucho frijol garbancillo muy bueno, de ese se daba mucho aquí en Zapopan.

Nunca tuve problemas para surtir mi tienda. En la fiesta de octubre me ofrecían maíz de calidad. Pero un viejo que no me quería muy bien, me acusó con el gobierno de que yo tenía bodega de maíz. Y mire nomás lo que son las cosas, un día don Leopoldo Teodosio, el dueño de La Venta, me trajo ocho toneladas, el maíz muy bonito para otro día yo no tenía ya nada. Se surtían toneladas, y así se vendía. Luego llegaron: —Oiga ¿qué usted aquí tiene esto y lo otro? —Pasen señores, pasen, sólo tengo mi gasto. Nomás vieron y luego se fueron.

Me iba bien, pues cómo no, vendiendo. Yo vendía mucho maíz, mucho maíz, que lo transportaba en troca, ya no en burros, entonces yo tenía troca que me era suficiente para cargar el maíz. Don Enrique Ortiz Parra tenía tres trocas. El nomás andaba juntando el maíz que yo compraba. Cuando yo le compré maíz a don Daniel Castillo, Dios lo haya perdonado, andaba un soplón detrás de mí, entonces llegaron los señores Ortiz Parra y me dijeron: —¿En dónde está el maíz? Y dije: —Ahí con don Daniel. Me trajeron un viaje y entonces luego éste metió la pata, lo que pasa es que el maíz estaba descalzado porque le agarró el agua, y el soplón les dijo que el que ellos tenían estaba bien seco, y así se lo compraron los otros. Pero luego me dijeron las gentes de Ortiz Parra que les vendiera el que yo había comprado. Y les dije: —No les vendo nada por rajones, hijos de esto. A otro se lo vendí, pues cada quien tiene su gente. Pero eran caballistas de primera, el señor se apellidaba Sahagún.

A ese don Daniel Castillo, que era dueño del rancho de La Tuzanía, le vendió el maíz aquí don Diego, que también comerciaba maíz. Cuando yo comerciaba casi solo, poco varió el precio, luego yo vi a los señores y les dije: —Mire don Enrique, si usted me mejora precio por tonelada de maíz, yo me comprometo a traerle todo el maíz que sea, todo lo del valle de Tesistán. Sí me mejoraron el precio por tonelada. Pero ya qué iba a poder don Diego conmigo, no, qué iba a poder, si yo tenía mejores precios, mejores atenciones, que también no me podía meter a Tesistán, porque el era de ahí. El era de Tesistán. Pero luego dije: me puedo meter hasta donde él diga; entonces me fui a Tesistán, con un señor que se llamaba Pancho Orozco, me vendió un maíz tan chulo. Don Salvador Orozco también me vendió ese maíz de Tesistán, muy bonito. Luego me vendían unos señores Corrales, de por allá, me metía a Tesistán también para sacar maíz, para luego vendérselo a don Enrique Ortiz Parra.

Para manejar mi dinero me lo llevé al Banco de Comercio. Pero para lo del crédito, si usted tenía dinero, tenía crédito, si no,

no tenía más dinero. Yo sí tenía crédito. ¡Ya se imagina usted si no tenía dinero!, si yo era el dueño de toda la molienda de Tesistán, su servidor dueño de todo eso. Donde yo pisaba, ni zacate nacía. A ese maíزالal que yo conseguía, ya le tenía cliente: se lo vendía a don Enrique Ortiz Parra. Nomás le decía: dígame lo que necesita. La última compra que yo hice, fue a don Daniel Castillo.

Me fui trayendo una mala disposición con los principales que había aquí en Zapopan, porque uno que me debía le vendió a otro cuatro toneladas de maíz y yo no tenía ni un grano, entonces le embargué: —Pues oiga, ya está embargado el asunto. Y me contestó: —La cuestión ya no va a parar aquí. No, como a medio día yo lo vi apostado enfrente de mi tienda ahí, con don Diego Quirarte, y dije: —¡ah!, ahí está. Entonces agarré mi pistola, la puse enfrente, en donde estaba el fiel de la báscula. No, luego se midió conmigo: —¿De modo qué me embargaste, Vicente? —Pues sí, ¿cómo te vas a burlar de mi dinero? —Pues que eres un esto. —Pues sí seré lo que tú quieras, pero hombre como tú, soy. Se me distrae y se la disparé a bocajarro, ¡y no le di nada!... ¡ah! Pero después yo me lamentaba, porque había perdido una amistad de aquí de Zapopan, pero él ya murió. Se llamaba Melquiades Orozco. Y mientras, aquí me tienen viejito, arrumbado. Malo no estoy, ya no salgo, porque no puedo, pero si me sacan sí salgo.

En Zapopan no hubo mercado en forma, éste se ponía en el arroyo de la calle; una vez hasta pusieron todo el comercio por toda esta calle de 16 de Septiembre. Ahí uno buscaba y todo hallaba. Luego lo andaban cambiando, porque todavía no había mercado, pero lo que quisiera ahí lo vendían.

Como primeros en el comercio de Zapopan fuimos don Diego Quirarte y yo. En Zapopan estaba una tienda que era la principal, su dueño se llamaba Margarito y ahí tenía de todo, lo que usted buscara ahí lo hallaba. Otras tiendas de abarrotes, era la de Nacho García, ahí por esa calle de Ramón Corona, ésta también era la principal, luego seguía don Diego Quirarte, y luego yo. Había varias tiendas.

A Jesús González Gallo lo conocí aquí, porque andaba el dicho de que querían hacer la Presidencia en esa manzana en donde yo tenía mi tienda, y andaba con ese pendiente, no hallaba que hacer, y le dije entonces a mi señora esposa: —Pues mira, ni modo, por ahí tenemos que conseguir casa, ésta que tengo la van a destruir. Y ya que yo vi a González Gallo paseándose por la azotea viendo dónde se hacía la Presidencia, andaba echándole tantiadas a la casa esa, le dije entonces a mi esposa: —Vieja, nos vamos a salvar, se me hace que la Presidencia va a ser aquí en la manzana de enfrente, en donde Diego tiene su tienda.

Ya se subió González Gallo a ver la cuestión. A un lado estaba el curato muy grande, ya de ahí se aprovechó para darle una parte de terreno a lo que iba a ser la Presidencia municipal. Donde ésta se construyó era parte de don Diego, parte de los Velarde y parte de la parroquia. Con el tiempo se sugirió que allí iban a hacer el mercado, donde había una muy buena casa comercial, de las pocas que ha habido aquí en Zapopan, la de don Diego que junto con la mía eran muy buenas casas comerciales.

En la organización del comercio de aquí de Zapopan, yo estuve en la Cámara de Comercio, cuando estaban de presidentes don Luis Mora y don Claro Ramírez.

Podría haber sido desde antes presidente de la Cámara de Comercio de Zapopan, pero yo tenía miedo porque me hacía falta más fuerza; a mí me propuso el general Miguel Orozco, que era el que mandaba aquí. Le dije: —Mire, yo no soy tan capaz para dirigir una Cámara. Pero lo que él trataba era de ayudarme, también me dijo que si era yo presidente municipal de aquí de Zapopan, pero eso era andar empistolado, y luego me lo voltean y luego me matan. No, mejor no. La Presidencia de Zapopan me la ofreció el general Miguel Orozco Camacho, que era el que mangoneaba aquí.

El decía quién sería presidente, y era presidente. Una vez el presidente era un familiar del general, se llamaba Loreto Orozco, y me mandó a que hiciera una inspección por La Venta, por todo eso. No saqué ni una admisión a favor de él. Yo casi tenía controla-

do el mercado que tenía en Tesistán. Ya fui y le dije: —¡Estás jodido, no hallé ni una lista! Me dijo: —Pues está bueno. Y ahora viene el general Orozco. Llega, se baja le saluda a él, y le dice: —Quihubo, ¿cómo te ha ido Loreto?, ustedes tienen que controlar todo lo de aquí. —Entonces ya fue a la fuerza—. Tú con un voto o sin ningún voto, vas a ser presidente municipal de Zapopan, y así fue.

Casi le voy a decir como jefe del partido me abocaron una trifulca, todo el pistoleroismo quería matarme, pero un señor que se llamaba Francisco García, le puso la pistola al presidente municipal en el pecho y le dijo: —¿Tú qué traes? Que esto, que el otro. De ahí nos fuimos a la Presidencia y llegando a la Presidencia nomás nos quedamos parados, parados... ¡Qué tiempos!

Después de Loreto, siguió Abel Orozco. Y aunque don Daniel Castillo se empeñó mucho, lo echaron fuera, no llevaba las cosas bien. Yo era presidente del comercio, y hubo una ley que nos exigía que cerráramos los domingos y yo iba con él, a suplicarle para que no se cerrase los días domingos. —Mire don Abel, pónganos otro día, el martes, miércoles o jueves, pero los domingos es la vida del pueblo, le quiere quitar la vida al pueblo y usted sabe lo que dice el dicho es la verdad, “la vida de los pueblos es el comercio”, hombre que mire... Me pelié con él, entonces me cusilio al diputado del distrito de aquí de Zapopan. Este me mandó llamar, ya fui yo. No, pues ya me viene contando el diputado, me dice: —¿Usted es Vicente Romo? —Sí señor, servidor de usted. —¿Porqué motivos anda usted buscando la manera de asesinar me? —No, yo no sería capaz de hacerlo, mire tengo mucha familia señor, tengo doce de familia, tengo dinero, aquí está señor, yo no cometo esos errores. —No, pues que un judicial me iba a matar. Dios lo haya perdonado. Finalmente el que fue sacando a Abel Orozco fue don Daniel, y entonces puso a Filiberto González, otra clase de persona, no, había de ver, de esas personas poco hay, muy buen hombre. Yo como presidente de la Cámara de Comercio, tenía relación con todos los comerciantes. ¡Cómo no! y hasta allá en Guadalajara también. Sí a mí me gustaba mucho la cuestión del comercio.



V

LOS QUE PARTICIPABAN EN LA POLÍTICA eran los señorones. Ellos mandaban. Yo no, no me metía mucho, no me convenía. Don Alfonso Orozco era una de las personas más sobresalientes de aquí de Zapopan, de las primeras figuras, como luego dicen. Y en casa de él acabé de conocer bien a bien al general Miguel Orozco. Don Alfonso me dijo: —Ahí está el general con su escolta. Y dije: —¡Ah!, está bien, ya llegué a visitarlo, como era de la gente de mi esposa, ella se llamaba Librada Camacho. Llegué y él estaba en su cama. Le pregunté que cómo seguía de malo. Ya me dijo que un poco mejor, y también que si yo quería entrar de presidente municipal. No, ¿para qué?, ni me llamaba a mí la atención. No, yo no, porque eso trae muy malas disposiciones en esos campos, así porque si usted se hace a un lado, malo, y si se hace para otro lado, también malo, y luego ya ve como se matan, pues yo no podía dejar nada, aquí estaba el porvenir mío y de mi familia además no era algo que me quemara muy hondo.

Ya me salí. ¡Ah!, pero él sí era de las primeras figuras aquí. También había un señor que se llamaba Margarito Ramírez era una de las primeras figuras de aquí, todos ahí la llevaban muy bien.

Tenían un círculo, ¡ah, cómo se juntaban!, también a veces participaban en política.

Cuando Manuel Ávila Camacho fue presidente de la República, su esposa doña Soledad Orozco era de aquí de Zapopan. Los conocí en una comida, en el banquete que se ofrecía a todos los partidarios de él, y todos estuvimos muy agusto. Ellos sí hicieron aquí por el pueblo, y de ahí empezó a figurar Zapopan. Porque Zapopan estaba muy abandonado, pero ya con amistades de gentes conocidas como el general Ávila Camacho, pues, la mujer que era de aquí..., cuanto favor iban a pedirle a ella o a los familiares de ella, llegaba a los oídos del General y lo cumplía.

Había un grupo en el que nos reuníamos, pero era del Partido Nacional Revolucionario, porque yo no me iría a la contra, pues era en contra de mí y de mi negocio. Se trataba de estar con el gobierno, y así fue; a mí me gustaba mucho la política, tenía tiempo para todo. Mi señora era la que atendía el negocio, Dios la tenga en el cielo, era muy trabajadora, así que tenía tiempo para todo.

Iba yo al Partido a Guadalajara, y lo llevaba al corriente como llevar los negocios de aquí, estaba allí a un lado del teatro Degollado. ¡Qué tiempos me está usted removiendo!, mis tiempos pasados, mire ahora, a veces ya no puedo ni andar.

Yo fui presidente del Partido Nacional Revolucionario en Zapopan, y sabía quién iba a ser presidente municipal, yo podía decidir. Una vez en el Partido, fui y llevé al centro de la política la planilla de quién iba a ser presidente municipal de aquí, yo firmé, iba a ser el que yo pensaba que fuera, lo puse abajo. Y dije: sí, así lo pongo de presidente. Ya me dijo la señorita: —Oiga, ¿por qué razón usted pone a fulano de tal abajo? —Pues mire señorita, lo mismo es ponerlo abajo que arriba. Entonces llegaron los contrarios y dijeron: —Venimos a ver en dónde metió usted esa cartilla. —No, pues yo no sé, la entregué, más no sé ni dónde ni cómo entregué la planilla para elegir de entre los vecinos de Zapopan. —¡Ah! ¿no supo? —No, no supe. Me gustaba mucho el cuento, la política.

¡Qué tiempos aquellos! Me gustaba mucho colaborar con las autoridades porque, pues nadie consigue nada si no es de ese modo. Todo se gana, mire, estando bien con las autoridades, no le hacen la vida pesada, ni nada. Y estando en mal, hasta porque escupa, lo perjudican, sí. Una vez, en unas elecciones muy trabajosas, la cuestión fue que estaba prohibido vender el tequila, pero luego un señor vino, y me dijo: —Hombre amigo, vengo muy malo, como no me hace el favor de venderme una botellita de vino. Me movió la compasión. Ya le di la botella de vino. No, más tardé en dársela que... ya ve cómo somos todos, deseándose los males unos a otros. No, pues ya me mandaron llamar de la presidencia. Pero, como le digo a usted, el que se lleva bien con las autoridades, no tiene nada que le digan, todo se allana. Estando de mal humor, ¡uh!... El presidente me mando llamar, le traje la botella de vino. —¿No sabe usted qué está prohibido esto y lo otro? —Sí señor. —Entonces, ¿porque se puso a venderle vino a este hombre? —Mire señor... Ya le estuve contando que esto que lo otro, y a mí se me hizo fácil decirle que sí le vendía el vino y, pues también lo vi muy malo. —Lo hubiera dejado que se hubiera muerto ahí, el hijo del esto... ¡recoja su botella y váyase! Yo la llevaba bien, y estando mal con las autoridades, ¡uh! ¡icállese la boca! Le levantaban a uno prohibiciones para vender el vino o el tequila por cuestiones de votaciones y por cuestiones de los domingos, porque los domingos estaba prohibido vender vino. Pero a veces se le hacía a uno fácil venderle que al amigo o al vecino, y ahí es donde el mal le caía a uno, pero, yo tenía muy de amigos al Presidente municipal y al inspector de alcoholes, así que no me molestaban mucho por eso.

Algunos que entraban a la presidencia de aquí de Zapopan, estaban apoyados por los de la fábrica de La Experiencia, aprobados de por allá. Ya después ya hubo una junta de políticos para que fueran trabajando, y eligiendo al que sería presidente municipal de aquí de Zapopan.

Pues le voy a decir, también los de aquí deseaban que los pusieran de presidentes, pero como no estaban en su derecho como

manda la junta... cuando ya se había formado partido, ya hubo presidentes de aquí del pueblo. El primer presidente que yo impuse que fuera, se llamaba Eliseo Orozco, ya murió, Dios lo haya perdonado. Yo fui su padrino. Tres hermanos de apellido Orozco fueron presidentes: Loreto, Ricardo y Eliseo. También hubo otro que se apellidaba Orozco, pero no lo quisieron, a ese lo echaron fuera, a ése lo puso don Daniel Castillo, que era de los que pesaban más aquí en la villa, buen hombre, valía porque era de los grandes de aquí de Zapopan. Él tenía tierras, como La Tuzanía. Don Daniel llegó a ser diputado y gobernador de Colima, pues mire que sí lo merecía, ¿sabe usted por qué lo merecía?, porque en un encuentro ahí por Sayula él le salvo la vida al general Lázaro Cárdenas. Y de ahí le venía la atención que tenía Lázaro Cárdenas con don Daniel Castillo, gobernador de Colima. Y no, lo que sea, era muy acertado, aquí tenía sus méritos. No influía impositivamente, es cosa que lo merecía.

En ese tiempo, también mucha gente andaba empistolada, los presidentes municipales andaban armados; hasta yo andaba empistolado, en Escobedo yo andaba con mi pistola, fajada. Allá andaba un cuico que se encargaba de llevarles los chiquigüites de tortillas a los presos y me dijo: —Hombre, vamos a Escobedo. Y le dije: —¿A qué voy? —Vamos, vamos. Ya fuimos les dejó las tortillas y nos salimos. Unos traían la pistola colgada, como Toribio Hernández que todavía vive, y Chón González, dueño de la cantina, nomás traía su pistolón colgado, Dios los haya perdonado.

En cuestión de política, en esa época yo entonces era presidente del Partido, no de la Presidencia. Si usted, por ejemplo, era mi partidario, lo que le prometía se lo cumplía. Y que mis palabras lo digan. ¿Ha oído mentar a Eliseo Orozco?, una vez le dije que yo iba a trabajar para que él fuera Presidente municipal de aquí de Zapopan. Yo sabía que tenía unos contrarios, que luego se me venían encima, políticamente, ¿verdad?, no les tenía miedo. Pero yo le prometí que iba a ser Presidente, y se lo cumplí, Dios lo haya perdonado. Había un ingeniero que fue presidenciable de aquí

de Zapopan, Basave Corona, él sí era ingeniero, así es que, cuando las cosas van cambiando, van cambiando.

De los presidentes que me acuerdo, porque hayan sobresalido hubo varios: Adrián Morales, fue malo, malo, de mal gobierno, ese por eso no siguió. Don Librado Gutiérrez era de mi gente. Ese fue ya últimamente. Felipe González Rubio, también buen presidente. Don Miguel Vázquez, ese estuvo poquito. Don Manuel Camarena fue buen presidente, buen administrador y hombre serio. Sí, no eran tan ingratos con el pueblo. De los otros presidentes, don Rafael Gómez, él fue buen hombre, él fue de la fábrica de La Experiencia. Luego, se vinieron Ricardo y Eliseo de presidentes que también fueron buenos.

Don Samuel Godínez, ese era un méndigo, era un malvado, hizo dos intentos para matarme a la mala, Dios lo haya perdonado. Entonces se vino un pariente mío de Guadalajara a poner una tienda, por ahí, por donde vivían los Castillo, en la esquina de la calle Ramón Corona y Pino Suárez, por ahí tenía su tienda y entonces como mi pariente se metía mucho a la política, yo le dije: —Mira, los pueblos son trabajosos, no costea mucho mezclarse en nada y tú cualquier cosa que haces luego les parece mal, el esfuerzo va a ser inválido. Pues no me hizo caso, y lo mandó matar, ese viejo lo mandó matar. Luego me metí a la política y ahí un día con don Chema Peña estaba toda la bola de políticos, in'hombre!, pues se me ocurrió gritar ahí delante de la gente de nosotros, y pues para que le voy a decir, grité: "¡antes abajo la burguesía, y arriba...!" No, alcanzaron a oírlo todos, pues luego me puso la pistola en la frente, y me dijo: —¿Qué jijos de la ésta trae usted? Pero ya llegó Pancho García, de la gente que me ayudaba, ya le puso la pistola en la pura frente y le dijo: —No se mueva hijo de esto, porque se muere, hijo del otro. No, ya no se movió el viejo, entonces en fila nos fuimos a la Presidencia, allá toda la gente estaba parada esperando.

Luego pasó mucho tiempo, tanto, que una vez llegué a ver a ese hombre y yo me disfracé, me puse una china, a ver si le agarraba yo el modo para sonarlo cortito. N'hombre, conocí a un

señor que se llamaba don Genaro García, me dijo: —¿Qué anda haciendo don Vicente? —Pues ya sabe la intención que yo traigo. —Déjese de eso, usted tiene mucha familia. Y yo tenía mucha familia. Ya me vine, ya quedó así. Ya después con Loreto estaba dentro de la política, me hicieron entonces presidente del Partido. Estuve bien, dirigiendo bien, y total que en los partidos pues a veces lo que uno dice a veces se cumple, y se cumple, como el asunto ese de que yo sabía quién salía de presidente municipal. A Eliseo Orozco, fui y lo registré, luego fueron los contrarios, querían poner, a un fulano quién sabe cómo se llama. No, yo les gané, Dios haya perdonado a Eliseo.

Ángel Romero Llamas estuvo aquí de presidente dos veces, la primera, por influencias, era de los mayores ciclistas ahí, pero el caso es que... a ése me lo mienta y qué le puedo decir sí ese fue de mi gente. Duré mucho en el partido, en el PNR, ya después PRI. Le voy a decir, no hubo contrariedades más que una vez cuando entraron dos, entró don Chón González, y otro ya no recuerdo, entonces yo me paré ante la asamblea y dije: "Ciertamente, estamos aquí un grupo de amigos, buscando la manera de colaborar con nuestro pueblo de Zapopan, pero aquí hay dos individuos que nomás vienen y ningún negocio traen, nomás vienen a asesoriar adrede lo que estamos diciendo, pero no son del Partido ni nada". Los echaron fuera. Sí, porque yo sabía bien quiénes eran del partido, ¡cómo no!, sabía quiénes eran los verdaderos partidarios del PRI, y él era de quién sabe qué Partido, pero luego luego se salieron. Luego se formó el partido del PAN, pero no tuvieron mayor presencia, pues no tuvieron ninguna fuerza. A ellos los comandaban unos señores que ya ni están aquí, ya se fueron. Unos ya hasta se murieron. No se tenían contrincantes aquí en Zapopan. No, ¡qué contrincantes! Entonces no había más que puro PRI, puro PRI.

Hubo una revisión en las escuelas, en la cual yo fui nombrado inspector para revisar los colegios, para ver qué enseñanza les estaban dando a los niños. En una ocasión yo le dije a un profesor: —Mire señor, usted está jugando con dos barajas, sí,

porque por un lado echa a los pobres y por otro lado echa a los ricos. Entonces había división en la cuestión del estudio. No, después eso ya se calmó tantito, pero a veces ocurría eso en la escuela oficial nueva, pero no crea que por ser sólo escuela oficial. Porque mire, la gente habla mucho, "que les daban muy mal las cosas" Viera que no. Son tonterías, tonterías. Pero cuando menos acordaba, yo ya estaba allá, iba a la escuela, veía a los niños y hablaba un poco con el profesor y ya me salía. Eso era cuando revisaba los colegios para ver qué estudios les daban a los niños. Estaba al pendiente de lo que les daban a los hijos, a mí me convenía.

De a tiro grandes; había como unas dos o tres escuelas, no había mucho niño de escuela. ¡Ah!... porque los demás, los ricos todos se llevaban a sus hijos a las escuelas de Guadalajara, había poca escuela, y pocos colegios tenían muchos niños. Escuela parroquial sí había, y pues ahí estaba el detalle, de que se atacaban los estudios de la escuela parroquial, se quería que se les enseñara a los niños lo que el gobierno decía. Había esas divisiones en las escuelas, pero todo va pasando. Yo iba por parte del gobierno a inspeccionar.

En el tiempo de cuando no querían las escuelas particulares el presidente municipal, que se llamaba Porfirio Encarnación, era muy borracho, yo fui muy amigo de él y así no había ninguna dificultad. Dios lo haya perdonado. Pero él agarraba a los inditos de ahí de Ocotán y les destrozaba los rosarios que les daban. Pero entonces pobre viejo porque murió en la pobreza, pobre de aquel que cree que el mundo es de ellos y no es nada, todo es pura vanidad. ¿Qué le quedó? Porfirio Encarnación se sentía así porque estaba apoyado por los trabajadores de La Experiencia, ellos lo pusieron de presidente municipal. Hubo un presidente, buen hombre, don Manuel Camarena, ése fue muy bueno y luego otro que se llamaba Ricardo Orozco, presidenté de aquí. La memoria ya no me ayuda para recordar a los otros.

Me acuerdo cuando hicieron la escuela Franklin, isí, cómo no! Ya no me acuerdo a iniciativa de quién fue, sólo que decían: —Ya se abrió la escuela Franklin. En esos tiempos estaba de

presidente municipal don Porfirio Encarnación. Fue gracias a él que se consiguió. Ya le digo, aunque muy borracho, pero era el presidente de entonces, luego ya la escuela la convirtieron en la Presidencia.

Don Chón González era el que tenía la cantina más grande, a veces nos amanecíamos allí en la cuestión del juego. Una vez me acuerdo que seguimos ahí, no sé con qué juego, total que estábamos jugando; el contrario mío era un señor que se llamaba Primitivo Dávalos, de tanto jugar, tenía yo el montón de pesos, así, amontonado, después ya enfadado le destapé el dinero que tenía, y me dijo don Primitivo, Dios lo haya perdonado: —Quihubo, ¿qué pasó? —Pues ya me enfadé de jugar, me quedo con todo lo que tiene usted ahí, o se queda con todo lo que yo haya ganado. Ya nomás me veía, me veía. ¡Uh, qué tiempos!

Ya después abrieron otras cantinas, aquí en Zapopan; estaba la de don Chón González y la de don José María Peña, el marido de doña Cristina Peña. El tenía la huerta de El Profundo, esa era una cantina. Aunque cantina de puro ir a tomar, pues no, era más bien para estarse chiquiando ahí... eh... con... Pero ahí era puro vender vino, tanto que allí me iban a matar. Me iban a matar, en esta forma, con perdón de usted, por hablador, todo porque andábamos en la política, yo a favor de Loreto, y el otro que apoyaba al contrario, entonces como ganamos, luego ahí en la cantina de don Chema Peña, se me ocurrió gritar: “¡antes abajo la burguesía y ahora arriba la burguesía!” ¡N’hombre!, que se me viene el mundo encima. Y no acababa cuando Samuel Godínez llegó con la pistola y me la puso en la frente. —¿Qué es lo que dices hijo de esto?, y también un señor que se llamaba Francisco García, me dijo: —¿Qué es lo que tienes que decir? —No, nada. Luego de ahí nos llevaron a la Presidencia a entregarle a Loreto. ¡Ah, qué tiempos!, andando en la política, se enreda uno en muchas arengas, anda usted en riesgo de... bueno una vez le troné una roncha a don Chón González, pero me llené de mucho horror, todo porque me invitaron a una cantina que estaba ahí, en una parte de la calle esa

de Ramón Corona, tanto que ahí se mataban, le decían por mal nombre El Barrilito. Esa cantina ya es muy vieja, muy vieja, El Barrilito. ¡Todavía está! ¡Uh! El caso es que yo no me acuerdo, pero un señor me dijo a mí: "mucho cuidado don Vicente, no se meta ahí, lo quieren traicionar, lo quieren matar". Agarré la pistola y dije: ¡A ver qué cambiamos! No ya no hubo nada. Cuando usted está bien, todos están con usted, y cuando usted necesita del amigo, de sus amigos, de sus hermanos de lo que sea, pocos se paran. Así es. ¡Qué tiempos aquéllos!



Epílogo

*Mensaje a mis hijos y descendientes en el centenario de mi vida**

En mis cien años que Dios me concede de vida, he querido decirles tantas cosas, pero siento que la memoria de los viejos no es muy buena, por lo que he preferido escribir algo para ustedes.

Han de disculparme fallas en la retórica de mis palabras, pero ustedes saben que mis conocimientos son pobres en escuela, pero abundantes en experiencia y sobre todo, en buena voluntad.

Les recuerdo que también fui joven, como muchos de ustedes, con toda la vida por delante y un cúmulo de energía que no sabía que hacer con ella; cursé mis años de juventud disfrutando de tranquilidad, gracias a mi padre, que fue un buen ranchero y supo darnos algunas comodidades que no todos tenían, si hasta nos llegaban a apodarar "Ricos de Hacienda" ya que de acuerdo con la época el tener caballo, silla, calzón y blusa blanca eran los lujos que no cualquiera se daba. Al casarme afronté siempre mis obligacio-

nes, con especial preferencia por el comercio que me dio muy buenos tiempos, luego adversidades, ya que en busca de mi destino, siempre con miras a mejorar exploré Tala, Tlajomulco y con la negociación de especies llegué a este Zapopan que sería el nido donde crecerían mis hijos y los hijos de mis hijos, y donde desearía permanecer siempre, ya que aquí dejé mis raíces y a la compañera de mi vida.

Quiero agradecer por esto a una persona, mi comadre Juanita García Vda. de del Río quien hasta mandó traerme de la hacienda de Navajas para pasarme la tienda que todos recuerdan y que fue la que me dio prosperidad y medios económicos para que creciera mi familia.

Como es de esperarse, no todo en la vida es felicidad; con la prosperidad y el tiempo vienen tristezas, como cuando perdí a mi madre, por una gangrena en su pierna. También tuve problemas con algunos de mis hijos, quienes tenían diferente forma de pensar a la mía. La pérdida de mi esposa dejándome en esta tremenda soledad, por eso quiero decirles a los que puedan, disfruten y respeten a su Madre, háganse respetar y traten de unirse más a sus hijos, mantengan la familia unida, como mi esposa y yo siempre quisimos que estuvieran, y sobre todo quieran a su esposa o esposo mientras Dios permita que lo tengan, ya que cuando se pierde no saben que difícil es estar sin ellos.

Quiero dejarles más que este mensaje, mis cien años de ejemplo, con hechos que siempre les mostraron moralidad, honestidad y persistencia en el trabajo. Sobre todo mi deseo de que todos fueran trabajadores y hombres de beneficio para su familia. No quiero que en ustedes exista avaricia por las cosas materiales, he reparado lo que en vida hice tratando de ser justo, lo poco que me queda no quiero que sea causa de dificultades cuando Dios me llame.

Sé que en las ansias de disfrutar la vida también di ejemplos no del todo buenos, pero ahora, en mi vejez en que me siento como una criatura a quien tienen que llevar del brazo a donde quie-

ra, doy gracias a la misericordia de Dios y no reniego porque quiero que me perdone mis malos actos.

Quiero darles las gracias a todos ustedes, familiares y amigos que se unen a la alegría de mis cien años de vida, y a todos los ausentes pidiendo a Dios pongan siempre en alto el apellido que llevan.

Vicente Romo Barajas



Índice onomástico-geográfico

A

- Ahuiscalco, Jalisco: 11, 12.
Alvarez, Luis: 33.
Arenal, Jalisco: 12, 32.
Arias, Manuel: 34.
Arias, Margarito: 25, 33.
Avila Camacho, Manuel: 42.

B

- Banco de Comercio: 37.
El Barrilito [cantina]: 49.
Basave Corona [ingeniero]: 45.
Los Belenes: 24, 25.
Bellavista [hacienda]: 13, 18.
Briseño, Eva [Niña Eva]: 17, 21, 23, 24. [calle]: 21.

C

- El Cabezón [hacienda]: 36.
Calzada Independencia [Guadalajara]: 30.
Camacho, Librada: 12, 41.
Cámara de Comercio: 39.
Camarena, Manuel: 21, 45, 47.
Campo, Melitón del: 16.
Cárdenas del Río, Lázaro: 44.
La Castañeda [baños]: 24, 25.
Castañeda, José: 24, 26.
Castillo, Daniel: 21, 36, 38, 40, 44.
Castillo [familia]: 45.
Chino [cerro]: 17.
Viejo [cerro]: 23.
Colima [estado]: 11.
Los Colomos: 24, 26.
Corona, Ramón [calle]: 16, 38, 45, 49.

D

- Dávalos, Primitivo: 22, 23, 35, 48.
Dodge [agencia de automóviles]: 30.

E

- Encarnación, Porfirio: 47, 48.
Escobedo [prisión de]: 44.
La Experiencia [fábrica]: 43, 45, 47.

F

Franklin [escuela]: 47.

G

Gallo, Francisco [Pancho]: 25.

García, Francisco [Pancho]: 40, 45, 48.

García, Genaro: 46.

García, Ignacio [Nacho]: 22, 23, 38.

García, Juana [Juanita]: 15, 16, 52.

García Cuadra [familia]: 22.

Gerardo, don [zapatero]: 23.

Godínez, Samuel: 45, 48.

Gómez, Cirilo: 16, 17.

Gómez, Rafael: 45.

González, Encarnación [Chón]: 25, 33, 44, 46, 48, 49.

González Gallo, Jesús: 25, 33, 39.

González González, Filiberto: 40.

González Rubio, Felipe: 45.

Guadalajara: 10, 19, 21, 25, 27, 30, 32, 33, 35, 42, 45, 47.

Gutiérrez, Librado: 45.

H

Hernández, Toribio: 44.

La Huaracha [barrio de]: 17, 24.

J

San Francisco [jardín de]: 32.

Jocotepec: 11, 13.

Jocotitlán: 11.

M

Madero, Francisco I. [calle]: 12.

Mariscal, Juan [herrero]: 23.

Martínez, Jesús "Palillo": 27.

Monterrey: 34.

Mora, Luis [panadero]: 23, 39.

Mora, Salvador de la: 17, 24, 26, 32.

Morales, Adrián: 45.

Moreno, Mario "Cantinflas": 27.

N

Navajas [hacienda de]: 9, 11, 12, 13, 14, 15, 17, 18, 36, 52.

O

Ocotán: 26, 36, 47.

Orozco, Abel: 40.

Orozco, Ángel: 17.

Orozco, Bernardo: 16, 21.

Orozco, Eliseo: 16, 44, 45, 46.

Orozco, Emiliano: 31.

Orozco [familia]: 21.

Orozco, Francisco [Pancho]: 37.

Orozco, Gabriel: 24.

Orozco, Loreto: 22, 39, 40, 44, 48.

Orozco, Melquiades: 38.

Orozco, Ricardo: 44, 45, 47.

Orozco, Salvador: 37.

Orozco de Ávila Camacho, Soledad: 42.
Orozco Camacho, Miguel [General]: 39, 40, 41.
Orozco Venegas, Alfonso: 17, 24, 41.
Ortiz Parra, Enrique: 34, 35, 37.

P

Partido Acción Nacional (PAN): 46.
Partido Nacional Revolucionario (PNR): 42, 46.
Partido Revolucionario Institucional (PRI): 46.
Peña, Cristina: 48.
Peña, José María [Chema]: 21, 45, 48.
Pino Suárez [calle]: 45.
El Platanar: 11.
El Profundo: 24, 25, 26.
Purísima [fiesta]: 14.

Q

Quirarte, Diego: 31, 34, 38, 39.

R

Ramírez, Claro: 23, 39.
Ramírez, Margarito: 41.
Ramos, José María: 35.
Rayas, Daniel: 35.
El Refugio: 12.
La Robleda: 25.
Río, Jesús del: 15.
Romero Llamas, Ángel "El Zapopan": 46.
Romo, Antonio: 12, 17, 18.

Romo, Guadalupe: 15.

Romo, Jesús: 18.

Romo, Manuel: 11, 18.

S

Saavedra, Merced: 26.

Sabina: 15, 16.

Sáenz, Antonio: 17, 19.

San Isidro Mazatepec [hacienda]: 11.

San Marcos [hacienda]: 11.

Santa Ana Acatlán: 11, 17, 18.

Santa Cruz de las Flores: 14.

Sayula: 44.

16 de Septiembre [calle]: 16, 24, 29, 38.

Severino: 18.

Silva, Doroteo: 17.

Silva [familia]: 18.

Silva, Nazario: 17.

T

Tala: 9, 11, 12, 13, 14, 32, 52.

Teatro Degollado: 42.

Teodosio, Leopoldo: 36.

Tequila [pueblo]: 9.

Tesistán [pueblo]: 10, 23, 24, 25, 34, 35, 37, 38, 40.

Tlajomulco: 9, 13, 14, 52.

Tonalá: 29.

La Tuzanía: 21, 37.

V

Vázquez, Miguel: 45.

La Venta del Astillero [hacienda]: 12, 36, 39.

Velarde [familia]: 39.

El Vigía: 23, 24.

Z

Zapopan [pueblo]: 13, 15, 16, 17, 18, 19, 21, 22, 23, 34, 36, 38, 40, 42, 43, 44, 46, 48, 52. [familias]: 21, 22. [oficios]: 23, 24. [diversiones]: 24, 25, 26. [comercios]: 27, 34, 38, 39. [producción agrícola]: 34, 35. [presidencia municipal]: 39, 40, 43, 45.

Zuno, José Guadalupe: 26.

Testimonio zapopano de Vicente Romo Barajas
se terminó de imprimir
en febrero de 1995
en los talleres de Conexión Gráfica,
Guadalajara, Jalisco.
Coordinación: *Ediciones de la Noche*
Tiro: 1 000 ejemplares.

Según yo, nací en el año de 1892 —asegura Vicente Romo Barajas, una de las personas con mayor permanencia y arraigo en la villa zapopana.

Poseedor de una memoria y energía que parecen inagotables, narra los pormenores de su vida, rica en anécdotas, en donde nos descubre su interpretación del mundo: los tratos entre los zapopanos se manejan bajo las premisas del trabajo y la confianza; y además de que “el comercio es la vida de cualquier pueblo”.

A través de su charla resaltan las redes comerciales y el comportamiento de los grupos políticos locales de su época.

Además, su relato nos revela la historia de Zapopan articulada con la de otros pueblos de la región.

Es pues este *Testimonio* otra aportación de El Colegio de Jalisco y el Ayuntamiento de Zapopan, que unan esfuerzos para lograr el conocimiento del pasado más reciente de Zapopan.